



Foto:
María Alejandra Gutiérrez
2021

Cuentos de Rogelio López Revete

Storys of Rogelio López Revete

Recibido: 04-02-2021
Aceptado: 15-02-2021

Rogelio López Revete
luperx@outlook.es

Rogelio López Revete (Caracas, 27-07-1948)

1975-1979 - Productor de Cine: "Manzanita", "L tre os Dolientes" de Armando Arce - Dep. Cine ULA / 1980 - "Stage Du Cinema Directo" - París-Francia Curso de Cine Documental, Becario en el Taller de Narrativa del CELARG con el escritor Denzil Romero, Equipo Multiplicador y Redactor del Plan de Cultura Nacional - Equipo Sebucan / 1987 - Fundación "La Era Agrícola" / 1994 - Lic. en Letras y Literatura Hispanoamericana - ULA / 2000-2006 - Formador de Formadores - MINEC-INCE / 2007 - Profesor Instructor UBV-PFG Comunicación Social / 2019 - Jubilado UBV

De regreso

Cuando decidí ingresar en ese recinto no había un plan definido; era un aventurarse a una región trajinada en otros tiempos. El temor cedió en la medida que ganaba para mí, el espacio; obligado reconocimiento de mi latitud. Un rectángulo de lisas paredes, cuya cara superior mira al infinito me sirve de recipiente. Soy un punto en medio de otros puntos convocados para la misma experiencia. En el centro de esta extraña cámara, contenido y asfixiado entre estas altas paredes esperamos una señal que indique la partida. Al fin, la señal, la puerta se abre y vamos saliendo, despacio, encontramos unas escaleras y bajamos en un interminable regreso. Arropados de silencio, miles de peldaños amortiguan nuestros pasos. Cuando ya nos acostumbramos a bajar, se abre una estrecha puerta y un nuevo recinto, pesado y oscuro, nos alberga. Los ojos hacen un esfuerzo y la negra solidez se desmorona. La voz que induce mi regreso fija la pauta del final de la aventura: “En un rincón, desnudo y fuertemente engrillado está un loco; no es cualquier loco, es nuestro loco, el loco de cada uno de ustedes; su loco”. Cada cual se precipita a su rincón, yo voy al encuentro de mi loco; lo consigo en su sitio, desnudo y alegre, jugando con una pelota. No hay grillos ni cadenas, está libre. Su cara se enfrenta con la mía y ambos sonreímos, todo está dicho. Mete una de sus manitas en mi pelo y hala la cuerda de mi caja de música: Tan, tlin, tlan...

Estoy de nuevo ante la obscura puerta del penal, es día de visita. Mamá quedó atrás; los adultos no pueden ver a los presos, camino por un pasillo lúgubre y húmedo de paredes muy altas. A ambos lados unas caras lánguidas me saludan detrás de los barrotes. Del lado derecho una reja está abierta; es allí donde me esperan, es allí donde quieren saber cómo soy. Una cara triste se ilumina al verme, al ver el hijo desconocido. Sus manos me acarician, me toman y juegan conmigo, alzo la cara y en su rostro contemplo mi foto, ampliada y desteñida. Silencio. Ancho y hondo silencio. Mi vieja imagen tiene los ojos roturados de lágrimas... tlin, tlon y regreso donde mi niño loco, le sonrió y comprendo que 25 años me separan de él. Corriendo subo de nuevo las escaleras, con la certidumbre de ver a mi loco crecido cuando haya terminado el ascenso.



Crédito: Daniel Villeneuve
Fuente: www.istockphoto.com

La herencia

Salí brincando hacía atrás en el compartimiento de mi amor filial y tropecé con tu seriedad. Subiendo por la vía del Hospital Vargas, en esa vieja calle llena de aceras altas, con el olor chocante que da la cercanía del hospital. Allí, en una casa gris con un rótulo pueblerino descubrí dos oficios: El de barbero y el de abuelo.

Otro mundo se abrió para mí, mientras duró la edad, el consentimiento y la alcahuetería fueron mis cobijas, después vino esa etapa donde los buenos modales y las primeras letras son aprendidas; desde comenzar la sopa por la orilla y llegar al centro sin sorbetearla, hasta el abecedario concluido a fuerza de palmetas, pasando por la provocación de una alacena colmada de dulces en espera de un audaz glotón expuesto al castigo y las siestas obligadas. *Shhhh, silencio, Rafael está durmiendo.* Nos fuimos acostumbrando, midiéndonos a pulgadas, y descubrí la fuente de tu inspiración: Una filosofía oscilante entre Carreño y Torquemada. Mientras se extremaban tus crueldades, aumentaba mi ilusión, me hice tramposo y adiviné el gran crimen que se cometería.

-Victoria, Victoria. ¿Dónde estará esa negrita igualada?

-Abuela está en el cuarto, le duele la barriga.

Penetramos juntos a la habitación, Rafael miró el cuerpo retorcido de la abuela, los quejidos amainaron ante la presencia que infundía respeto. Abuelito puso una cara extraña, mezcla de compasión y de burla. *-Voy a la farmacia-* Dijo y salió con paso lento.

La casa se llenó de sombras, en la penumbra del cuarto, Rafael, impaciente preparaba la ampolleta.

-Muchacho del carajo, vaya a dormir.

-Si abuelito.

El llanto de los vecinos me despertó, voces entrecortadas, ahogadas, repetían: *¡Se murió Victoria! ¡Se murió Victoria!*

-Abuelito, ¿De qué se murió la mami?

-Del corazón mijo.

Pobre abuelito, solito se quedó, la mami se fue al cielo y aunque la muerte sea la más válida, yo escogí otra vía para ir al cielo. A las ocho llegó la señora Inés, con Inesita del brazo y en el primer descuido nos fuimos al corral tanteando la oscuridad, tanteándonos, descubriéndonos, tocando cosas de adultos con la curiosidad de los niños. A ratos, Nos llegaba como un rumor lejano de caracoles muertos, las letanías de los



Crédito: Frank Ramspott
Fuente: www.istockphoto.com

dolientes, ausentes del dolor, las puertas del cielo se abrían lentamente, se hizo una luz y unos pasos apresurados cerraron la posibilidad.

-¡Muchacho del carajo, tu abuela entre 4 velas y tú haciendo cochinas! -Una carrera del corral a la sala me reencontró con la muerte.

Después vino lo de Eladia, la loca Eladia, como llamábamos a mi tía abuela. La herencia no estaba completa, estorbaba Eladia, y una buena mañana mi mamá la descubrió encadenada, muerta de hambre. *¡Asesino! Gritó mamá, ¡Pasarás el resto de tus días en la cárcel!*

Pobre abuelito, está preso. Los años pasaron acumulando olvido; desgano de incorporar recuerdos, haciendo de las ideas bellas durmientes, tejiendo una red de perdón, lástima y vergüenza.

-Mamá, mamá, ayer maté a mi abuelito, iba cruzando la calle, tú sabes, los frenos están largos.

Llegamos al final en términos de igualdad, al año siguiente, heredamos esta casa.

Víctor

Talavera, el hijo de Gregoria y hermano de Mirian (la última vez que pasé por el barrio fui a su casa materna a darle el pésame a sus hermanas) y de Irma y de “La Negra” y de otras de cuyo nombre ahora no me acuerdo, Víctor no estaba en casa, estaba en el taller. Asumió el noble oficio de San José, el padre de cristo.

De Víctor tengo muchos recuerdos, mucho aprecio y estima, es un hermano.

En la adolescencia siempre habrá quien te enseñe para bien o para mal, Víctor siempre estuvo en el lado bueno. Teniendo tu misma edad tenía un montón de kilómetros andados, tenía mucho rodaje y experiencia. Siempre con una sonrisa en los labios soltaba una chanza, un chiste, una parábola, una imagen que ayudaba a entender la vida y el mundo.

La sexualidad es una de las mayores preocupaciones de los adolescentes y un día viendo a un perro bostezar con la lengua tocándole el pecho me dijo: “Coño si una tuviera una lengua de ese tamaño se haría millonario rapidito”.



Crédito: George Peters
Fuente: www.istockphoto.com

Empírico

Cuanto más gritaba tía Nora, con más carácter la vieja Carmen decía: *'Puja mijita, puja que se va pasa', hecha pa' juera, no sea floja* y le sobaba la barriga abultada con un aceite oloroso a monte y candela. Las dos mujeres se daban a borbotones y después de un silencio doble, la noche se rompió a gritos; desgarrados unos, asombrados los otros. Carlos separó los ojos de la rendija y se marchó con el secreto agolpado en las sienes, en los párpados, en los vellos engrifados del cuerpo.

Amaneció en el desvelo del conocimiento, dio unas vueltas por el rancho de Nora y oyó los fortuitos comentarios: la talla, el peso y el parecido, el vendedor de cortes que pasa de tiempo en tiempo por el caserío desde ese día anduvo observando calladamente a cuantas barrigas llenas transportaba por las polvorientas calles. Escuchaba los comentarios de las viejas enlutadas sobre los meses de fulana, los días que le faltan a mangana y así hasta llegar al final. Apostado detrás de las tablas que dan al cuarto de Eloísa, esperaba impacientemente la llegada de la comadre Carmen. Cargada con sus bártulos, la vieja más fea del pueblo entró al sitio de trabajo. La Eloísa temblaba sobre el camastro. Inclineda sobre sus flácidas piernas, la vieja pronuncio una queja. Carlos no entendió, por los gestos, supuso que algo fallaba. La puja no tardó en comenzar y el joven partero tuvo su experiencia definitiva; las viejas corrían para todos lados, agua, toallas y bebedizos van pasando de mano en mano en medio del azaroso trabajo. Una de las viejas reza frente a un santo mientras las otras dos contemplan inmóviles los estertores espasmódicos de la Eloísa; el rostro mudando colores, inflándose con fuerza, dejando ver la lengua pisada entre los dientes amarillentos, escapándose en un chirrido total, con los ojos pelados buscando en el techo una rendija hacia lo infinito. El velorio enriqueció los conocimientos de Carlos, a pesar de los coscorriones que recibió en medio de los cuchicheos de las viejas del pueblo. Sentado a la orilla del río sacó la cuenta de lo nuevo y grabó para sí la palabra cesárea.

Hoy, estaba en la misma posición, sentado, absorto en la contemplación de sus manos manchadas y, - *¡Carlos, Carlos, Carlos!* - Esos gritos los había escuchado dos años atrás iguales a cuando Jacinto lo buscaba para lo único grande que había en el pueblo: Ir a la ciudad. Pero ahora los gritos eran otros, gritos de castigo, de incompreensión. - *¡Carlos, Carlos!* - No había escape, en la ciudad todo era distinto, su primer trabajo profesional, su primera cesárea con la niña Isabel había fracasado. No hubo forma de cerrar el blanco vientre, no hubo forma de parar la sangre...

Lagartoso

Al finalizar aquel invierno, el oso despertó bruscamente, había pasado 3 años invernando, y acicateado por el hambre, el sueño invernal habíase visto plagado de oscuras pesadillas; desde los albores del nacimiento de su especie hasta la puesta en órbita del primer occiplanetarium alrededor del globo.

El pesado cuerpo se desplazó fuera del frío recinto y el calor lo invadió, la helada capa que antes lo cubría todo se había transformado en pequeños riachuelos que pausadamente se evaporaban. Miró en torno a sí, aguzó el olfato y recordó olores olvidados. Todo era nuevo, distinto, la vida crecía y provocaba devorarlo todo. Saboreó unas fresas gordas y jugosas, con la boca aguada se carcajeó y un ronquido de pausas cavernosas, una melodía pop tocada sin partitura, invadió el ambiente. Sus ojos pasearon por el bosque, comió con la vista, se atragantó de tanto mirar y cuando más ensimismado estaba en la contemplación, sucedió lo inesperado: Un celaje le advirtió la presencia de otro ser; un ser menudo y frágil. Sintió una mirada tan insistente que le ardió la pelambre. El corpachón giró y quedó frente a frente con el insólito visitante.

Una hermosa lagartija entornó los grandes ojos al fijarlos en los de él, devoraba con deleite una fresa de las que anteriormente le causaran tanto gozo; Extasiado recorrió la fragilidad de la pequeña estructura. Lagartija sonrió, sacó la lengua y dio unos pasitos de ballet; el oso quedó petrificado.

-Bestia peluda. ¡Muévete que no soy de adorno!

Maloso parpadeó y la increpó con sequedad.

- ¿Quién eres, que haces en mi reino?

-Soy una lagartija del bosque- Y con esas palabras inició un monólogo para establecer las diferencias entre la bella y la bestia.

Oso escuchó la disertación pacientemente y bien no había terminado de reparar en la intelectualidad de la lagartija cuando esta saltó y se enroscó en una de sus patas hundiéndose en el pelambre, murmurando acerca del calor que recibía. Maloso se sonrojó, la depositó sobre una mano y mirándola preguntó.

- ¿Te hizo daño el invierno?

-Sí, me siento feliz de estar loca oso, me gustas...

Con un giro, detenido a mitad de camino, la cabellera de lagartija produjo el gran impacto: Un mechón sobre un ojo, un guiño con desdén en el otro y un sonoro beso sobre la nariz del oso. El gigante la depositó al pie del

fresero y huyó bosque adentro.

Declinaba la tarde, sentado bajo un viejo roble, Maloso saboreaba un rico panal. Su mente voló, había conocido a Blacaman el bueno, a Garanbombo el invisible; pero ese valle lagartija, loca de atar, quebraba todos los esquemas y para colmo de males, aquel cosquilleo que lo recorría de palmo a palmo desde la hora del fortuito encuentro, se transformaba en un mal presagio; lo invadía la locura. Suavemente cerró los ojos y se dejó vagar por los recuerdos. Ecos, leyendas, voces oscuras llegaron a él. Súbitamente recordó la negra leyenda de los mutantes. Antiguos, legendarios mutantes desfilaron por sus ojos, las combinaciones de especies más extrañas habían llenado la vida de los hombres siglos atrás. Trescientos años habían pasado desde que a sus oídos llegó la historia de un colibrí-jirafa que azotó las cumbres heladas que distaban leguas de su reino. Se horrorizó imaginando una mutación oso-lagartija. Durmiendo midió los rasgos del desastre.

El bosque amaneció cubierto de un tenue rocío y una música dulcísima lo sacó en volandas de la última novela que escribía su panza. Abrió los ojos y frente a él, sentada, coqueta, mostrando el blanco vientre, lagartija tocaba la flauta mientras lo miraba. Maloso cerro nuevamente los ojos y todos los presagios se fueron por un foso. Lagartija caminó por la panza de Maloso, llegó hasta su cuello y culminó las notas en la gran oreja, guardó la flauta en un bolsillo, suspiró, depositó un beso en el hocico frío de Maloso y escapó dando saltos mientras gritaba: *¡Oso Maloso!, ¿Quién te besó?, ¡Una lagartija!, ¡Loca como yo!, ¡Corre grandulón que quiero todas las flores del bosque para mí!*

Maloso hizo un gesto y de todos los escondrijos del bosque salieron las flores que lagartija reclamaba; construyó un lecho gigantesco y subiéndose a él perdió todo vestigio de razón.

Lagartija despertó y observó su vientre crecido; la naturaleza había premiado su osadía. Dando saltitos sobre la panza de Maloso lo despertó. El oso abrió los ojos, contempló a lagartija, bostezó con alegría y le dio un beso. Lagartija se estiró, sacó la flauta y tocó una larga melodía, la cabeza del oso descansó sobre el lecho y los párpados se convirtieron en dos pesadas cortinas. Lagartija concluyó y bajándose huyó veloz por el bosque con su mutación a cuestas.



Crédito: ilbusca
Fuente: www.istockphoto.com

La fuga

Leo Gómez, Edgard López padre y Rogelio están presos, los policías que nos dejaron en la PTJ de Parque Carabobo nos botaron allí sin dar ninguna información, un viejo y dos menores de edad presos sin ningún motivo (primer pelón de los tombos; segundo pelón los tres teníamos nuestra cedula en el bolsillo)

El espacio donde estábamos era una sala inmensa con oficinas en los bordes (después descubrí que era el segundo sótano con relación a la avenida Universidad) aquello era un despelote y una mezcla de policías y detenidos. Leo, mi padre y yo estábamos en una esquina, mi viejo se acercó a hablar con un señor de su misma edad y tardaron en amenizar de manera franca, un detective se les acercó y empezó a amenazarnos, a insultarnos y en carrera fue busco una madsen y la emprendió a culatazos con los viejos, golpeo a mi viejo y no pude contenerme, le di un coñazo y lo tiré al piso. El alboroto, el revuelo ocasiono que un jefe gritara al detective y le ordeno irse en comisión fuera de la central. Se acercó a nosotros y pregunto por el incidente, le dimos las explicaciones del caso y le dijimos que éramos menores y que estábamos allí sin ninguna explicación. Tranquilos quédense aquí donde pueda localizarlos y resolver esta situación, dijo y se alejó hacia una de las oficinas.

El hambre nos estaba matando (sin cena ni desayuno) de repente y en medio de unos gritos un grupo de detenidos se organizaban en una cola, me fui a la cola y le pregunte a uno de los organizadores que hacía y me dijo que esa era la cola de los que soltarían esa mañana y me asombró el método (tercer pelón de los tombos) en una puerta estaba un detective con un papel donde estaba anotado el número de los liberados y él iba contando en la medida en que los individuos traspasaban la puerta, subían del segundo sótano hacia una puerta que daba a la Av. Universidad donde había otro detective con otro papelito donde estaba el número mágico y él contaba los que salían.

Me fui donde Leo y el viejo y les conté lo que había investigado, metí al viejo de tercero en la cola, dos sujetos después a Leo y dos más atrás me metí yo. La cola comenzó a moverse y se jodieron los tres últimos. Cuando vi la luz, corrí hacia el parque Carabobo, me encontré con Leo y nos montamos en un San Ruperto, que en esa época pasaba por allí y nos largamos. El viejo que había salido primero ya se había desaparecido.

A los dos días el inspector Monroy (detective torturador de la PTJ Central) vino a La Trilla a buscarme, tocó la puerta de la casa y cuando la vieja Carmen López le pregunto qué quería, dijo: “tu hijo se escapó, pero dile que cuando lo vea lo jodo”.

Monroy fue un esbirro sanguinario, de esos que cuando te pegaba te decía, “veme bien la cara, para que no se te olvide, yo vivo en tal parte, si sales de aquí vivo, búscame, búscame para volverte a joder”.

Edgard Rafael López Revete

Mi hermano mayor, tenía 16 años cuando la DIGEPOL lo mató en El Tigre, estado Anzoátegui, en octubre del año 63. Su historia es la historia de muchos que perdieron la vida por un ideal y un sueño libertario, emancipador y lleno de justicia. El puntofijismo y la farsa democrática de Rómulo Betancourt y su ministro Carlos Andrés Pérez lo mataron.

Lo recuerdo clarito, desde muy chamo fue precoz, en entendimiento, en tamaño, en fuerza y carácter. Era el más negrito de los López Revete. Rebelde, resuelto, impulsivo. Siempre me defendió de los tarajallos y grandulones que pretendían acoquinarlo a uno, Me enseñó a pelear y a superar mis cobardías, era, después de mi viejo, “Mi héroe”. Ambos éramos comunistas y él siempre me señaló mi amor por el estudio y mi falta de acción. Él fue un hombre de acción. Cuando tenía catorce, medía casi dos metros y calzaba 45, nuestro zapatero tenía que poner tornillos a sus zapatos. A esa edad tuvo una hija. Nunca la conocí.

Edgard fue un gran combatiente, en el 61 dirigió una de las primeras UTC (Unidad Táctica de Combate). Tenía un destacamento de 20 hombres y andaba con guardaespaldas. Era un duro y esa condición lo llevó a las montañas de oriente donde se organizaban las primeras columnas guerrilleras. Una afección cardiaca, no le permitió seguir en el monte y bajó a la ciudad. Entre la policía política (DIGEPOL) y un traidor en su destacamento le tendieron una emboscada y en un falso positivo, inventaron un asalto a la DIGEPOL de El Tigre y lo ajusticiaron. 18 balazos le dieron al negro y uno de sus verdugos, llamado Celestino Trías lo condecoraron y todo. A los años se ahogó en Lecherías.

En mi casa, allá en La Trilla, mis viejos inventaron un velorio, con un ataúd vacío (el cadáver del negro lo enterraron en el cementerio de El Tigre). En medio del velorio ficticio la DIGEPOL allanó mi casa y se llevaron el ataúd y todos los peroles. Edgard Rafael López Revete es otro de los mártires del barrio “La Trilla”.



Crédito: La_puma / Fuente: www.istockphoto.com